

# LA LUZ DEL PORVENIR.

## Precios de Suscripcion.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Estranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

## REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos, y calle del Cañon 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES

## Puntos de Suscripcion.

En Lérida, Mayor 81, 2.º En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta

SUMARIO.—El mendigo.—La mujer.—Morir es renacer.—Dinero de los pobres.

## EL MENDIGO

Siempre es triste ver á los pordioseros, pero en las vísperas de las grandes fiestas causa más pena por el doloroso contraste que forman sus semblantes pálidos, enflaquecidos, cadavéricos, con las caras risueñas de los ofortunados. Los harapos de los primeros parecen más súcios aun junto á los magníficos abrigos de terciopelo de las aristocráticas damas, junto á las pieles de cisne que adornan los trajes de los niños ricos.

Ayer íbamos por la calle de Fernando, que es sin duda alguna una de las mejores de Barcelona, donde nunca falta gente, y se ven en mezcla confusa todas las clases de la sociedad; especialmente en la víspera de las grandes fiestas católicas, que bien pudiéramos llamar *gastronómicas*, porque parece que en esos dias la raza humana esta hambrienta, pues se apresura á hacer provisiones desde el banquero opulento hasta el humilde obrero, y en medio de esa animacion general si se ve un mendigo cuya triste y envidiosa mirada se fija en los transeuntes, diciendo con sus ojos.—Tengo hambre, tengo frio, felices de la tierra. ¿No reparais en mi desnudez? esto y mucho más nos dicen los mendigos en esos dias en que la humanidad conmemora alguna época notable, y esto nos dijo ayer un pordiosero cuya tristísima figura quedó grabada en nuestra mente.

Delante de un gran escaparate lleno de lindísimos juguetes, se agrupaban nueve ó diez niñas lujosamente vestidas, y tres ó cuatro señoras envueltas en magníficos chales de cachemira adornadas con bellísimos sombreros cuyas plumas descansaban en la espalda, hablaban entre sí, mientras sus hijos señalaban la muñeca ó el juguete que deseaban. Como donde se paran unos cuantos, por regla general se van deteniendo los que pasan, nosotros tambien nos detuvimos para mirar una muñeca de gran tamaño que gracias á un ingenioso mecanismo daba vueltas por el salon del escaparate y saludaba graciosamente, inclinando la cabeza y doblando su talle haciendo una elegante cortesía.

Cuando estábamos más embebidos en nuestra inocente contemplacion, un nuevo individuo vino á engrosar el grupo de los curiosos. Era un anciano mendigo cubierto de harapos, pero con una cabeza de artista, sus cabellos grises casi blancos, largos como se llevaban en el tiempo del romanticismo, descansaban sobre sus hombros, una espesa y luenga barba daba cierta magestad á su semblante, y completaba el efecto artístico un sombrero de anchas alas que daba sombra á su frente. La cabeza de aquel hombre era verdaderamente notable, y su rostro no tenia esa expresion de hipócrita



humildad que suele ser la máscara de los pordioseros, apesar de llevar un chaqueton súcio y roto no miraba implorando compasion, antes al contrario, habia algo en aquel hombre que imponia respeto.

Las niñas por un momento le rodearon queriendo salir, y él inclinó la cabeza y las miró con cierta complacencia, haciendo lo posible por dejarles el paso franco. Nosotros haciendo el papel que mirábamos los juguetes le contemplamos algunos instantes más, y sin saber por qué nos digimos:—Este hombre no es un mendigo vulgar, su cabeza habla, ¿cuál será su historia? Ya la sabrás, nos dijo una voz lejana, y en estos momentos volvemos á escuchar esa voz misteriosa que produce en nuestro sér una inesplicable sensacion, nuestras ideas adquieren lucidez, la inspiracion inflama nuestra mente y escribimos lo que nos dicta el ser invisible que se pone al habla como diria un marino.

«Muy grato nos es á los espíritus encontrar instrumentos que sean intérpretes de nuestros sentimientos. ¡Hay tantas historias que contar! ¡Hay tantos dramas en la tierra! ¡Hay en vuestro mundo tantas tragedias cuyos actores pasan completamente desapercibidos, y sin embargo, son espíritus que valen tanto, que tienen tanta decision, tan enérgica voluntad, que son dignos de figurar en los grandes poemas, que enriquecen la literatura de nuestro suelo.»

«Tú ahora vas por buen camino, Amalia; y ya era tiempo, que has perdido muchos siglos mirando á los que parecen grandes, porque tu espíritu ha sido muy dado á las vanas formas, y ahora miras á los pequeños; y esos serán los que te harán progresar, por que te harán aprender. Ayer miraste á aquel mendigo, y hiciste bien en mirarle, porque es un alma fuerte y digna que se ha propuesto adelantar camino, y lo consigue. Vino á la tierra en posicion humilde, quiso la pobreza porque es una prueba muy dura, y quiso ver si en ella sabia luchar y vencer, esclavo de su honra siempre ha sido amante de cumplir con su deber y siempre ha dicho que el pan de la deshonra no alimenta. Se casó para espiar, con una mujer frívola y vana, de la cual tuvo una hija que heredó las malas cualidades de su madre, y él ha sido el mártir de las dos, murió su esposa léjos de él, le abandonó por un puñado de oro, y él para evitar el escándalo, ocultó su desgracia cuanto pudo, sobre todo á su hija, que la casó muy joven con un honrado obrero; éste, murió violentamente á los dos años de casado dejando á su esposa con una niña de un año y en estado interesante, dió á luz aquella, y seis meses despues, abandonó la casa paterna dejando una carta á su padre, en la cual le decia que no podia sufrir una vida de privaciones y de miseria, que cuando fuera rica, recogeria á sus hijas.»

«Primero las mataré, dijo mi protegido, yo no quiero que mis hijas coman el pan de la deshonra; y se consagró á sus nietas con verdadera abnegacion. Pintor de paredes, trabajaba cuanto podia para pagar la modestísima pension de sus nietas, que crecieron adorando á su abuelo, llegando á cumplir la mayor siete inviernos, y la segunda seis primaveras. En dicha época enfermó de dolores el que vino á la tierra nada más que para probar su fuerza en el sufrimiento, pronto se agostaron los ahorros del pobre pintor, pronto se vendió cuanto en la casa habia, y más tarde fué arrojado de su vivienda porque no podia pagar el alquiler. Las pobres niñas imploraban una limosna por el pobre baldado que á duras penas iba tras ellas y se situaba á la puerta de una iglesia.»

»A veces pensaba de llevar á sus nietas á un asilo, pero las queria tanto, que no tenia valor para separarse de ellas, ni las niñas tampoco querian separarse de él, se agarraban á su cuello y le decian:—No abuelito, no, no queremos dejarte solo; y estrechamente unidos aquellos tres séres arrastraban la azarosa vida de la miseria, casi felices porque se amaban.»

»Un día llovía á torrentes y el pobre baldado tuvo que quedarse en su miserable desvan, porque la fuerza de los dolores no le permitía moverse, pero las dos niñas se empeñaron en salir á su trabajo, y su abuelo las dejó marchar con un sombrío presentimiento, porque cuando se quedó solo se dirigió á Dios exclamando:—Señor, tú que todo lo puedes, tú que atas y desatas todos los lazos de la humanidad, tú que principias y que concluyes todas las historias de los hombres; Señor, acuérdate de mí, yo no siento el sufrir, pero el porvenir de mis hijas me espanta, si yo tuviera salud yo trabajaría para ellas, pero enfermo, qué haré?... encerrarlas en un asilo, me horroriza, será ir las matando poco á poco. ¡Pobrecitas mías, ¡me quieren tanto!... si no se duermen sobre mis rodillas no saben dormir... ¿Y cómo las dejo vivir así... en la vagancia, entre seres perdidos... ¿qué podrán aprender estas criaturas?... ¡Señor, Señor!... y si su madre vuelve, si algún día se acuerda de sus hijas... llévatelas Señor, ya que yo soy tan débil que no tengo valor para separarme de ellas, que las arrastro conmigo á la mendicidad, no permitas que yo vea mañana su vida de infamia; y el pobre enfermo rogó, elevó esa oración íntima, esa plegaria que va encontrando eco en todos los mundos, y que hace sonreír melancólicamente á los espíritus que velan por los pobres proscritos de la tierra.

»El que confiesa su debilidad, el que pide amparo siempre le encuentra, y mi amado protegido rogaba con verdadera fé, su espíritu presentía algo grande, algo terrible, y se asociaba á aquel movimiento y se preparaba á aquella nueva lucha sintiendo un terror inexplicable, y abrigando al mismo tiempo una esperanza que no la sabía definir.

»Las horas pasaron, llovía á mares, y las pobres niñas volvieron empapadas en agua, pero muy contentas porque traían mucho pan. Su abuelo las miró atentamente, y observó que los ojos de sus nietas brillaban más que de costumbre, y tenían el semblante todo cubierto de un tinte rojizo.»

—»Estais muy encarnadas hijas mías—dijo el anciano—¿habeis corrido mucho?

—»No abuelito, no, hemos estado en la puerta de la iglesia, y hacia tanto frío, y tanto viento, que no se lo que nos dió, contestó la niña mayor, pero todo nos parecía que daba vueltas, y mi hermana temblaba, y yo también, pero la señora Francisca, aquella que tanto nos quiere, nos llevó á su casa, y nos dió pan y café, mucho café para que entráramos en calor, y desde entonces parece que tengo fuego en la cabeza; y la pobre niña se sentó en el suelo apoyando su sien en las rodillas de su abuelo; su hermanita hizo lo mismo y pronto se durmieron con un sueño agitado, el pobre enfermo las cubrió como pudo con su capa y exclamó con acento angustiado.»

»¡Señor! ¿qué me vá á suceder? ¿te las vas á llevar? y ante la proximidad de la muerte se aterraba, llegó la noche y contó todas sus horas, las niñas entre tanto dormían y á intervalos deliraban, y por la mañana vió su abuelo que tenían el rostro lleno de manchas rojas y estaban aletargadas por una fuertísima calentura. Ya se preparaba á demandar auxilio cuando sintió pasos en la escalera, empujaron la puerta que estaba entornada, y una mujer jóven y hermosa con la hermosura de la tentación, vestida con el lujo de una gran señora, penetró en la estancia exclamando:—¡Padre!.. ¡padre!... y trató de arrojarle en los brazos de mi protegido, pero éste se lo impidió, porque con la rapidez del relámpago se levantó, que cuando al hombre le domina una idea más fuerte que su enfermedad, ésta queda vencida en aquel instante, pues la fuerza del espíritu es el primer motor del universo. El enfermo se levantó airado, estendió su brazo, que como barra de hierro se interpuso entre él y su hija, diciendo con amarga y terrible ironía:

—»Señora, os habeis equivocado; no tengo ninguna hija que se parezca á vos.»

—»Padre, piedad! balbuceó aquella.»

—» Estais loca, señora... replicó él; aquí no está vuestro padre, idos... que interrumpís el sueño de mis hijas.»

—» Por ellas vengo, padre, y dió un paso para acercarse á las niñas que yacian en el suelo aletargadas por la fiebre, pero él se puso delante diciendo con acento furibundo:

—» Huye de aquí, desgraciada; las prostitutas no tienen hijos, los árboles podridos no dan fruto; y el padre ofendido, el hombre honrado se irguió con imponente magestad, y su hija, humillada, abatida se quedó inmóvil sin poder dar un paso ni adelante ni atrás, y él, poseido de noble indignacion, siguió diciendo:—¿Qué creias, desventurada? Pensabas que tu padre, el que un dia te quiso tanto, el que te consagró su vida entera, que no vivía más que para tí, el que le parecia que hasta el aire al tocarte podia ofenderte, al perderte, al saber que has vendido tu cuerpo, que has renegado de ese sentimiento innato en la mujer, el amor maternal, que has vivido seis años de orgía en orgía, de festin en festin, de lupanar en lupanar, ¿pensabas que al venir yo te habia de abrir los brazos? insensata.... que poco me conoces.

Merecen compasion esas pobres jóvenes que solas en el mundo, sin un sér amigo que las aconseje, caen como las mariposas en torno de la luz, pero tú.... tenias tu padre, tenias tus hijas, tenias el recuerdo de tu marido que era un hombre de bien, y tú.... tú.... no mereces compasion, vete de aquí.»

—» ¡Padre!.... ¡padre!....»

—» No me des ese nombre porque me deshonras.»

—» Yo viviré como vos querais, yo no quiero vivir más que para mis hijas, y dió un paso hácia ellas, pero él la detuvo de nuevo diciéndole con voz terrible.»

—» No te atrevas á tocarlas ¡desgraciada! ¡tú querias mantenerlas!... y que pan puedes tú ofrecerles, el de la deshonra, y ese pan es tan amargo..... que no alimenta.

—No, no, huye de aquí, álguien me ha dicho que tu volverias, y ya le he pedido á Dios que se las lleve, y se las llevará, replicó con sombría conviccion, por que Dios es justo: ¡Señor! oye mi ruego. ¡Mis hijas! esos ángeles puros de mi alma llévatelos tú. Mi familia es maldita, que no alcance á ellas la maldiccion.»

»En aquellos momentos ocurrió un suceso dentro de las leyes naturales, pero que en aquellos críticos momentos pareció algo sobrenatural. El techo del desvan se desplomó con horrible estrépito, y por algunos segundos no se oyeron más que espantosos gritos, despues.... nada.»

»El motivo fué que aquella casa en estado ruinoso no pudieron resistir sus viejos muros y sus tejados los torrentes de agua que durante cuarenta y ocho horas estuvieron cayendo sobre ellos, hasta que al fin sus vigas carcomidas se desprendieron, y faltándoles su punto de apoyo produjeron el hundimiento que dió lugar á un gran tumulto y á una espantosa confusion. Al fin fueron extraidos todos los habitantes de los desvanes inmediatos que muchos tenian gravísimas contusiones, cuando le tocó el turno al de mi protegido este salió ileso, su hija herida, y las dos niñas estaban muertas. Costó gran trabajo quitárselas á su abuelo; su madre las miraba y se reia; la infeliz se habia vuelto loca, y en la tierra no recobrará la razon.»

»Cuando alguno le decia á mi protegido—¡qué desgracia! él contestaba siempre.—No le llameis desgracia á lo que ha sido un milagro: ¡hijas mias! prefiero verlas muertas á verlas seguir la torcida senda que siguió su abuela y siguió su madre: esta última felizmente, ya no le sirve de juguete al hombre ¡loado sea Dios! todo es preferible á la deshonra, todo, hasta la muerte.»

»Ha trabajado en su modesto oficio mientras ha podido, pero castigado por las enfermedades ha vivido largas temporadas implorando la caridad pero no pide más que lo estrictamente necesario para no desfallecer de hambre; cuando se decide á pedir, ha

pasado muchas horas sin alimentarse. Ha llegado á la ancianidad sin haber cometido una mala accion, recuerda siempre á sus nietas y no es estraño que las recuerde, porque ellas no le abandonan nunca.»

»En el corazon de mi protegido no ha tenido cabida la envidia, admira la virtud, y tiene horror al vicio, es amante de lo bueno, de lo bello, de lo grande y de lo justo; por esto como tu decias, no es un mendigo vulgar, no; su aspecto es digno porque la dignidad forma la base de su modo de ser, en él nada hay rastrero, es un espíritu fuerte, decidido, busca la luz con noble afán, ha pasado desapercibido en el mundo, pero él ha hecho su trabajo, y cuando deje la tierra le esperan horas de felicidad que aun no puedes cemprender. Mira mucho á los pobres, tiempo es ya que se comiencen á escribir sus biografías, que si hay historiadores para los grandes, justo es que tambien los tengan los que llamais pequeños. Adios.»

Nosotros tendremos un especial placer en convertimos en cronistas de los pobres; que dice muy bien éste espíritu: tiempo es ya que tengan sus historiadores esos seres desventurados que vienen á saldar cuentas atrasadas; á sufrir expiaciones terribles. Sí; nuestro lenguaje claro y sencillo, nuestras humildes aspiraciones, todo se combina y se armoniza para que cumplamos bien nuestro cometido. Espíritus amigos, ¡inspiradnos! contadnos las historias de los mendigos, decidnos como se vive luchando con todas las contrariedades de la vida, y haremos dos cosas útiles; enseñaremos y aprenderemos. «El dolor es la escuela de la vida, porque sufriendo uno se familiariza con el infortunio y comprende los dolores de los que le rodean.»

Esto dice un escritor y es una gran verdad; queremos vivir entre dolores propios y ajenos, para aprender á sufrir, á compadecer y perdonar.

¡Pobres de la tierra, vosotros sois los volúmenes históricos de la humanidad!

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

---

## LA MUJER.

---

Se cree generalmente por los que profesan ideas conservadoras que no es necesaria la regeneracion de la mujer para la civilizacion universal; ¡qué gran error! su acceso á la cultura intelectual, no solo es necesario á la misma mujer, sino á la sociedad en general; podrá si, no impedir el progreso verificado por un movimiento muy sensible de avance hácia el perfeccionamiento, pero es indudable que le sirve de rémora.

Los que esto piensan, creen que la mujer no ha de seguir la ley del perfeccionamiento que rige en la naturaleza; para ella, cuya vida está toda encadenada á la rutina, el uso bueno ó malo es ley; ha de permanecer estacionaria con el cerebro lleno de rutinas supersticiosas y grandes puerilidades. ¿Puede permanecer la mujer en el estado de ofuscacion é ignorancia en que hoy se encuentra? No; el estado actual de la mujer, es incompatible con la civilizacion y el progreso; ha de seguir adelante, obedeciendo á ese movimiento ascendente que la naturaleza imprime á sus obras. No pretenderé yó que ese movimiento de avance sea tan radical y rápido que la arranque del oscurantismo, de la rutina, de la más grande ignorancia, para colocarla en la cátedra ó en la tribuna, no; no está constituida nuestra sociedad, en el presente, para tamaña transformacion en el orden social. La elevacion y engrandecimiento de la mujer, ha de ser con un paso progresivo, ascendente, pero no tan lento como algunos creen.

En la conciencia de todos está sumamente arraigado el ideal de la perfeccion a atmósfera social está saturada de eflúvios vivificadores, que llenan de vigor las

inteligencias, y estas vivificadoras corrientes harán una completa transformación en la conciencia nacional, y con el transcurso de un tiempo no muy largo, la mujer será admitida á todos aquellos cargos, profesiones y carreras que sean compatibles con sus altas y nobilísimas misiones. Entre tanto se la debe instruir sólidamente y éste será el primer paso que dá hácia la igualdad de destinos entre el hombre y la mujer y el principio de todas las grandezas futuras.

Es necesario arrancar á la mujer de los brazos de la rutina que la impide marchar por el camino de su engrandecimiento. ¿Cuántos males se evitarían reconociendo en la mujer actitud para los trabajos que requieren ejercicio intelectual, y permitiendo su ingreso sin que la amenace el ridículo en los vastos campos del saber? Muchos; pues son inmensas las consecuencias fatales de la ignorancia, falta de prestigios y supuesta inferioridad intelectual del sexo débil. Principalmente afectan estas desdichas á la mujer, despues al compañero de su vida y á la sociedad; por que siendo la mujer la mitad de la humanidad, sus desdichas ó sus venturas alcanzan á la sociedad en general; la sociedad, al elevar á la mujer, se dignifica y eleva ella misma.

¿No es verdaderamente triste la situación de la mujer? Abandonada á sí misma, cerradas las puertas por donde pueda dar paso á la actividad febril de su alma, retenida en el círculo de hierro que forma la rutina y la costumbre, donde gime su inteligencia inactiva aprisionada por los férreos lazos de la ignorancia, siente necesidad imprescindible de dar ocupacion á la potente actividad de su alma, y encontrando cerrados todos los caminos, se lanza por el único que no le está vedado, en el que se reconoce verdadera personalidad: en el mundo del sentimiento. Así la vemos reconcentrar todas las energías de su alma en un solo punto: en el amor; y ama con vehemencia, con pasión, con delirio; recorre la escala de todos los amores, desde el más grande y sublime, hasta el más bajo y ridículo; el amor se escapa á raudales de su corazón, y lo mismo ama con pasión al sér imaginario que forjó allá en las agitadas regiones de su exaltada fantasía, que consagra toda la vehemencia de su cariño al objeto más fútil y trivial. El amor, fuente purísima y diáfana de inmensos bienes, se convierte frecuentemente para la mujer, en manantial inagotable de males, pues la mujer, más impresionable y más amante que el hombre por naturaleza, carece del poderoso dique de la razón ilustrada, para oponer obstáculos al sentimiento que se desborda hasta convertirse en avasalladora pasión.

Cuando no tiene su alma levantada á las cosas grandes, se hace esclavo su corazón de las pequeñas; de aquí las frivolidades ridículas, la idolatría por la moda, el incesante afán del lujo. Muchas veces la halagadora adulacion, la narcotizante lisonja, el tentador placer, subyugan á la mujer, y cediendo á los seductores halagos, se lanza por senderos extraviados, bajando por tortuosos caminos se hunde en el inmenso lodazal de las pasiones.

La mayoría de estos males tienen su origen en la falta de ejercicio intelectual de la mujer: ésta arrastra una vida sin variedad alguna; tiene expeditos los senderos del sentimiento, y por aquí deja escapar su alma, y lo que empieza por ser un afecto se convierte en pasión grande y vehemente, pues le falta el contrapeso de la razón ilustrada, que atrayendo una parte de la actividad de su alma hácia las esferas de la inteligencia, ponga en armonía la vida efectiva y la intelectual, para evitar los extravíos de impetuosas pasiones que no teniendo sólido dique se desbordan hasta llegar al abismo.

La mujer que tiene que recurrir al trabajo de sus manos para atender á su subsistencia se encuentra amenazada aun de mayores desdichas. Los trabajos que no están vedados á la mujer son aquellos que requieren poca fuerza física y ningún trabajo intelectual. El potente génio del hombre civilizado inventa máquinas que hacen una competencia imposible de sostener al trabajo de la mujer; el trabajo adecuado á ésta, escasea y se retribuye mal por ser mayor la oferta que la demanda; la mujer viene á ser entonces una máquina que nadie utiliza por inservible. La falta de trabajo, las necesidades que subsisten siempre imperiosas, los re-

cursos que se agotan y la miseria que sobreviene; hé ahí el porvenir de la mujer cuando no se abren nuevos horizontes donde ejercitarse en un trabajo útil.

¡La miseria! ¡Cuán terribles son sus consecuencias! La mujer, sin pan ni trabajo en medio de una sociedad vanidosa, idólatra del lujo, que la insulta con la ultrajante manifestacion de sus fastuosas riquezas, que se burla de ella, contestando á sus gemidos, con las carcajadas que lanza en el torbellino de las fiestas, piensa en su destino, se ve abandonada, el lujo que observa infiltra en su corazon los dardos venenosos del tentador deseo, y no estando muy afirmado en ella el sentimiento de la dignidad, desciende y desciende hasta llegar á lo más degradante de la escala social. La prostitucion; esa es la terrible consecuencia de la miseria; la sociedad es la que engendra ese áspid venenoso que lleva en su seno y la envenena moralmente.

¿Cómo se evitarían estos males? Haciendo que la mujer no sea ya la hembra embrutecida del bárbaro que la esclaviza y oprime sin reconocerle derechos, aunque imponiéndole deberes; redimiéndola de la ignorancia que cual nube sombría oscurece su altísimo entendimiento; arrancándola de la rutina y la costumbre; dándole una instruccion sólida y provechosa; una instruccion que, según su posicion social y su aptitud, sea científica, artística ó industrial; permitiendo su ingreso en las artes é industrias que no requieran mucha fuerza fisica, aunque necesiten trabajo intelectual. Así, estando la mujer generalmente ilustrada, se echarán los sólidos cimientos del templo del porvenir, donde la mujer, sin ofrontar el ridículo, pueda marchar al igual del hombre.

Cooperando todos en la medida de sus fuerzas, en la santa obra de la dignificacion de la mujer, tal vez no esté muy lejano el dichoso día en que pueda ejercer determinadas carreras, empleos y oficios que se avienen perfectamente con su carácter. Entonces no tendrá que mendigar la mujer las miradas de un hombre que la saque de su estado; evitará así los matrimonios desgraciados y mal avenidos, pues no tendrá que admitir por compañero de su vida al primero que se presente; si le sobreviene una viudez prematura, podrá con los recursos de su inteligencia atender á la subsistencia de sus hijos, y si le toca en suerte un marido soez, sabrá sostenerse con dignidad, pues no dependerá en absoluto de las mercedes de su compañero.

Inmensos bienes reportará al hogar una madre ilustrada, llena de autoridad y prestigio que sepa formar el corazon de sus hijos, educar hombres que sepan respetarla, y que con dignidad y firmeza se ejercite en lo justo, realice lo bueno y cumpla sus altas y nobilísimas misiones.

DOLORS NAVAS

Córdoba y Agosto 1886.

## MORIR ES RENACER.

Al Señor Don Francisco A. Figueroa

Si te enseñó el dolor que no es morir  
Por que morir es empezar á ser,  
En esa nave tienen que partir  
Los que á otra vida quieren renacer.

Mas allá nos aguarda el porvenir,  
Por lograrlo, tenemos que nacer,  
Que si para morir hemos nacido,  
En la muerte tambien hemos vivido.

Tú lo sabes muy bien; vida infinita  
Y evolucion constante, eso es lo cierto  
La muerte es el testigo que acredita  
Que hemos llegado al anhelado puerto.

Que el cuerpo muera, el alma necesita  
Para dejar el terrenal desierto,  
Y gérmenes de vida hay, esperando  
Que los cuerpos se vayan disgregando.

En su rápido curso arrebatados  
Atomos mil que la materia forman,  
De unos cuerpos á otros impulsados,  
En multitud de séres se transforman.

De la planta á la atmósfera lanzados  
En el cuerpo del hombre se reforman,  
Y éste, á su vez devuelve á la natura  
Su materia, en estrecha sepultura.

El alma, es el viagero infatigable  
Que de un puerto á otro puerto va pasando  
Y siempre en ascension interminable  
De un mundo en otro mundo vá encarnando.

Ella sigue la senda inacabable  
Por donde vá constante progresando,  
La muda inteligencia que en la tierra  
En una letra el infinito encierra.

Por eso en medio á tu dolor, miraste  
Las sombras de los séres que perdiste,  
Pero entonces, tal vez nunca pensaste  
Que evoluciona todo lo que existe.

Tal vez, en ese entonces te olvidaste  
Que Dios los Orbes de esplendores viste,  
Y que si el alma concluyera un día,  
La justicia de aquel, no existiría.

Tú también viste en *blanca mariposa*  
En donde el eco del dolor retumba,  
Un alma nueva, triste y dolorosa,  
Cuando hálito de muerte en torno zumba.

Alma gemela, al alma de una hermosa  
Niña, que duerme en solitaria tumba,  
Y la viste también, ir ascendiendo  
Diferentes etapas recorriendo.

Dijo Mesa y Dominguez, y es lo cierto,  
Que ha vivido otra vez. ¿Y puede acaso  
Quedar el alma acompañando un muerto,  
Que tocó los umbrales del ocaso?

No, que la muerte es el seguro puerto

Por donde damos á la vida un paso,  
Y que es la inspiracion eco que brota,  
De otro mundo mejor en una nota.

Y el temor instintivo de lo interno  
Es la intuicion de un algo ya pasado,  
Es que dentro llevamos un infierno,  
Porque del bien nos hemos separado,

Y hasta el mundo visible de lo esterno  
A buscar á los séres que han amado,  
Bajan aquellos, que el espacio habitan  
Y que algo revelarnos necesitan.

Por eso en medio á tu dolor miraste  
Aquellos dulces séres que perdiste,  
Y con plena razon les contemplaste  
Pudiendo comprender que algo subsiste.

Tu espíritu hasta ellos remontaste,  
Tu pensamiento en ellos confundiste,  
Y á tus padres mirando renacer  
Dijiste: ¡No es morir sino nacer!

ANA M. CABRERA DE CORNET.

## DINERO DE LOS POBRES.

En el número 24 de *La Luz* dimos cuenta de como habíamos distribuido las cantidades recaudadas; despues para un obrero muy enfermo que necesitaba tomar baños rusos, se abrió una suscripcion y se han recibido los donativos que á continuacion se espresan.

De Vilasar 50 pesetas, de P. 2 id., de E. 5 id., de P. 5 id., de Tarrasa 15 id., de R. 5 id., de A. 5 id., de Madrid 10 id., de un obrero 15 id., de D. 5 id., de B. 1 id., de C. 4 id., de V. 10 id., de E. 10 id., de L. 20 id., de Málaga 50 id., de Zaragoza 20 id., total 232 pesetas que han sido entregadas al interesado en pequeñas cantidades: segun ha ido necesitando para pagar los baños y las medicinas.

Para socorrer á otros desgraciados, se han recibido los donativos siguientes: De una mujer 1 peseta 50 céntimos, de Almonacid de la Sierra 9 id. 10 céntimos, de un espíritu 10 pesetas, de Santa Pola 1 id. 50 céntimos, de Carlos 20 pesetas, de B. 5 id., de P. 5 id., de Ripoll 10 id., de Cienfuegos 10 id., de San Feliu de Guixols 50 céntimos, de un aspirante á espiritista 2 pesetas, de Petrel 3 id., de R. 5 id. 50 céntimos, de un militar 9 pesetas, de Isidoro 35 céntimos, de una mujer 47 id., que suman 92 pesetas con 92 céntimos, que han sido distribuidas del modo siguiente:

A una niña ciega 10 pesetas 92 céntimos, á una viuda con hijos pequeños 53 pesetas, á una pobre vergonzante 25 id., á una enferma 2 id., á una obrera 2 id., nada queda en la caja de los pobres..... y son muchos los desgraciados que se acercan á esta redaccion á pedir una limosna rogándonos que visitemos su casa para que veamos cuan afflictiva es su situacion.

¡Dichosos aquellos que convirtiéndose en agentes de la Providencia, puedan consolar á los que padecen hambre y frio! ¡Ay! de los pobres! y ¡ay! de los hartos que no se acuerden de los hambrientos!.....